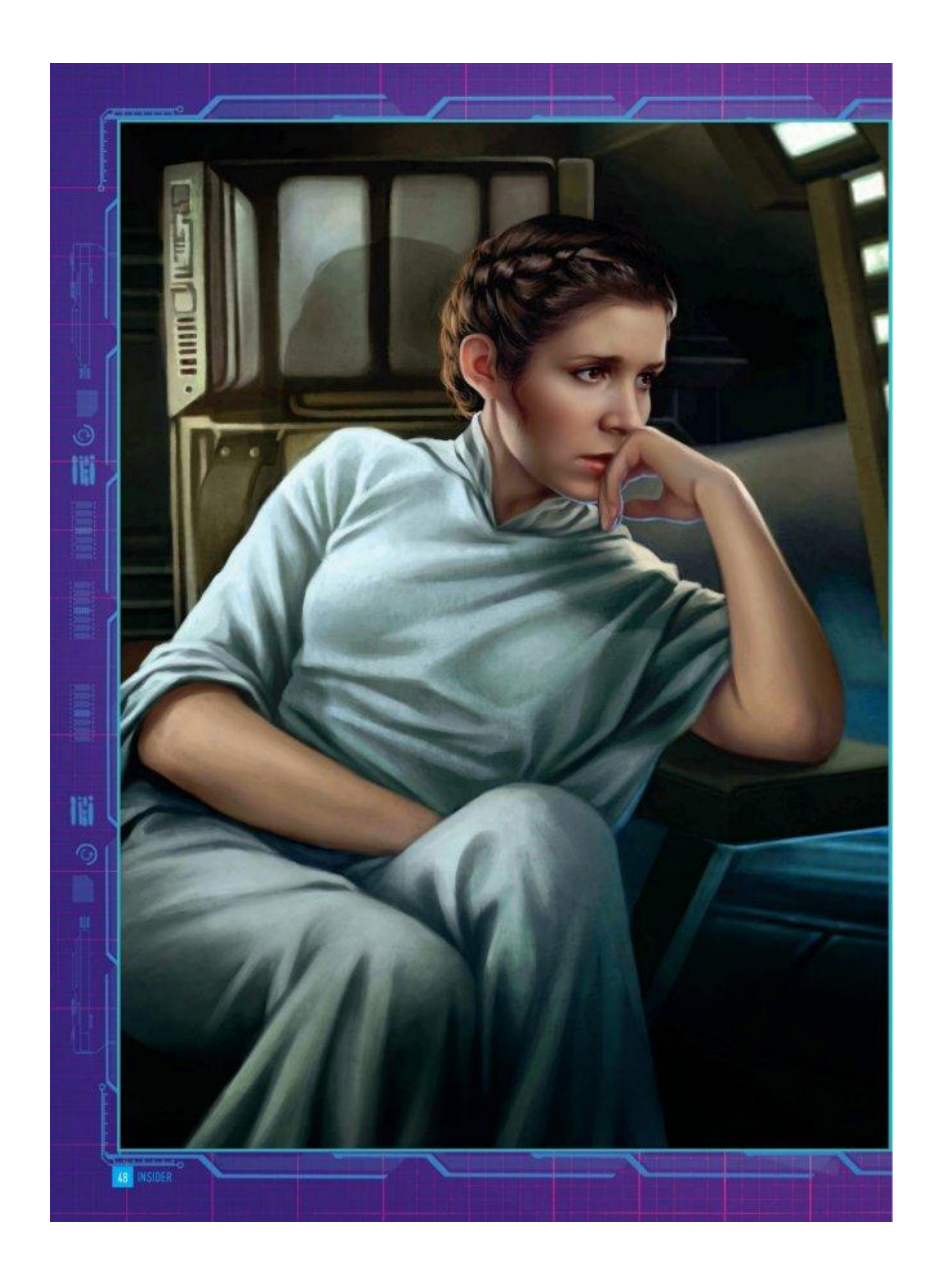


Una joven e inexperta Senadora Leia Organa se desvía de su ruta diplomática a Duro para aterrizar en secreto en el planeta Quellor a bordo de la nave *Espíritu Constante*. Su misión es reunirse con Rafe Ballon, un espía rebelde y amigo de su padre, y recuperar la información que ha obtenido. Cuando las cosas no salen como esperaba, Leia insiste en arriesgarse para intentar rescatar a Rafe.



Espíritu constante

Jennifer Heddle



Título original: *Constant Spirit*
Autora: Jennifer Heddle
Ilustraciones: Magali Villeneuve
Publicado originalmente en *Star Wars Insider 145*.
Publicación del original: octubre 2013

 menos de un año antes de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi
Revisión: Bodo-Baas
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
12.04.14
Base LSW v2.1

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

—Realmente debemos marcharnos, Su Alteza.

La música de baile que estaba interpretando la cautivadoramente atractiva banda de zeltrones de la cantina casi ahogó las palabras de Gorhan, pero incluso si Leia no hubiera sido capaz de escucharle, la expresión solemne de su rostro curtido y bronceado habría bastado para transmitir el mensaje.

La joven senadora Organa volvió a comprobar la hora, y esa persistente sensación en el estómago empeoró.

—Rafe Ballon es uno de nuestros agentes más fiables. —*Y un amigo de mi padre*, añadió para sí. Tampoco es que eso fuera a conseguirle un tratamiento especial—. Si no está aquí, debe significar que le ha pasado algo. ¿No podemos darle unos minutos más?

Gorhan parecía incómodo por la respuesta que debía dar, pero eso no hizo que estuviera menos resuelto. La determinación con la que comunicaba a Leia las malas noticias incluso cuando sabía que no le iban a gustar era una de las razones por las que ella lo mantenía a su lado. Eso, y el hecho de que prácticamente era del tamaño de un wookiee.

—Me temo que no, Princesa —dijo—. Ya hemos esperado demasiado tiempo. Si alguien la encontrase aquí…

—Lo sé, lo sé —dijo Leia, meneando la cabeza. Se suponía que no debía estar en ese sector en absoluto; el plan de vuelo oficial de su nave sólo reflejaba una visita diplomática a Duro, manteniendo secreta esta escapada al cercano planeta Quellor. Habían aterrizado ahí con nombres y un manifiesto de vuelo falsos. Aún era una novata en estas misiones en solitario, y el plan era permanecer en el planeta el tiempo justo para reunirse con Rafe y recuperar la información táctica que él tenía para ella. Más tiempo que eso era peligroso, especialmente para una agente aún inexperta. Gorhan tenía razón.

Pero eso no significaba que tuviera que gustarle.

—Está bien —dijo, tratando de no sonar como una adolescente malhumorada; aunque realmente lo fuera. Volvió a echarse sobre la cabeza la capucha sujeta a su túnica azul pálido—. Vamos.

Salieron de la cantina y recorrieron las retorcidas calles de Ciudad Quellor en dirección al espaciopuerto, con alerta Gorhan abriendo la marcha, mirando de lado a lado con movimientos pequeños y precisos que contrastaban con su inmensa corpulencia. Había anochecido unos minutos atrás, la oscuridad de la noche tan sólo comenzaba a asentarse en las adornadas torres de los edificios, y el aire templado llevaba el aroma dulzón de las flores katella que eran famosas en esa región. A pesar de la presencia imperial que se cernía en el lugar como una niebla opresiva, era un atardecer precioso, y por un instante Leia deseó poder limitarse a desfrutar de su entorno.

Pero sólo por un instante. No era muy dada a dejarse llevar por sus deseos.

Sus sentidos se pusieron alerta y se dio la vuelta justo cuando una mano agarraba su antebrazo. El bláster de Gorhan ya estaba pegado al rostro del otro hombre cuando ambos

se dieron cuenta de que era Rafe, oculto en el portal de lo que parecía un edificio residencial, con el cuello de su chaqueta levantado para ocultar sus rasgos lo máximo posible.

Gorhan farfulló una maldición y bajó su arma.

—¡Rafe! —dijo Leia—. ¿Qué…?

—Princesa. —Los ojos grises de Rafe miraron a uno y otro lado; el hombre bajo y delgado estaba más nervioso de lo que Leia le hubiera visto nunca—. El Moff Toggan me tiene calado. De algún modo ha descubierto que soy yo quien ha estado colándose en sus sistemas. —Sostuvo un cobo de datos en la palma de su mano temblorosa—. Todo lo que he recopilado hasta la fecha está aquí. Planificación de movimiento de tropas, protocolos de seguridad, todo lo que necesitan en este sector. Cójalo y váyanse.

—¿Pero qué hay de usted? —protestó Leia—. Si le atrapan, le matarán.

O algo peor, pensó, con el estómago revuelto.

—Yo ya estoy muerto. —Rafe dijo esas palabras encogiéndose de hombros, pero Leia pudo ver que su esfuerzo por parecer despreocupado había fracasado—. Leia —dijo con más seriedad, y ella tuvo un súbito destello de la imagen de ese hombre discutiendo de estrategias en el despacho de su padre, con su expresión cada vez más sombría con cada copa de brandy—. Siempre he sabido que esta era una posibilidad. Llévese el cubo y no se preocupe por mí.

La mente de Leia daba vueltas, negándose a aceptar lo que le estaba diciendo.

—No sea ridículo. Se viene con nosotros.

—Su Alteza… —comenzaron Rafe y Gorhan a un tiempo. Gorhan miró fijamente al pequeño y delgado Rafe, quien dejó de hablar—. No podemos llevarlo a bordo —continuó Gorhan—. Si saben que está con la Rebelión, y lo relacionan con usted… Es un riesgo demasiado alto.

Leia sabía, al menos en su mente, que su escolta volvía a tener razón. Pero esa vez no se permitió estar de acuerdo con él, mientras Rafe la miraba con muerte en los ojos.

—Lo sé todo sobre los riesgos —dijo, con toda la autoridad de la realeza que pudo convocar en su voz—. Toda mi *vida* es un riesgo. Y no voy a permitir que muera nadie que no tenga por qué hacerlo. —Miró con gesto tranquilizador al amigo de su padre y repitió—. Se viene con nosotros.

Por el rabillo del ojo pudo ver cómo Gorhan meneaba la cabeza con reprobación; le ignoró, manteniendo su mirada fija en Rafe.

El espía tragó saliva, y luego suspiró.

—Gracias —susurró—. Pero si hubiera tan sólo un atisbo de que esto va a salir mal…

—¿Qué tal si dejamos de hablar de ello y nos ponemos en marcha? —dijo ella.

Los tres rebeldes comenzaron a andar en dirección al *Espíritu Constante*, sin que ninguno de ellos advirtiera el aroma de los capullos de katella ni las estrellas que comenzaban a aparecer en el cielo nocturno.

***

A pesar del nerviosismo colectivo de todas las personas a bordo, el *Espíritu Constante* abandonó el espacio aéreo de Quellor sin dificultad. Sentada en la cabina del carguero ligero compacto con su piloto y su navegante, Leia se permitió tener un destello de esperanza de que abandonarían el planeta tan discretamente como habían llegado.

Pero poco después de que dejaran atrás la atmósfera y pasaran al vacío del espacio, comenzaron a aullar las sirenas de alarma. *Tendría que haber sabido que no escaparíamos tan fácilmente*, pensó Leia.

—Se acerca una sola corbeta de Aduanas Imperiales —informó la piloto, Minna—. Nos están llamando.

Al menos el moff no había tenido tiempo de enviar más naves tras ellos. Aún.

—Escuchemos lo que tengan que decir —dijo Leia.

Minna asintió, y un instante después una voz entrecortada de hombre llenó la cabina.

—Atención, *Espíritu Constante*, al habla el capitán Task a bordo de la *Cancerbero*. Están transportando a un espía conocido. Entréguenlo de inmediato y perdonaremos la vida de su nave.

Sí, claro. Era joven, pero no estúpida.

—Me temo que no sé de qué me está hablando, capitán —dijo Leia, manteniendo la voz tan neutra como pudo. El corazón le golpeaba en el pecho—. Somos comerciantes de brilloseda que fuimos a entregar un cargamento a un cliente leal en la capital.

—Sean quienes sean, están conspirando con la Rebelión —dijo Task. Leia sintió una oleada de alivio al ver que al menos no conocía su identidad. Sus seudónimos debían de haber soportado el análisis—. Entreguen a Rafe Ballon o abriremos fuego contra su nave. Les daré un minuto para que respondan.

La comunicación terminó.

Rafe apareció en la entrada de la cabina.

—Dejad que me entregue —dijo—. No puede permitir que se arriesgue la misión por una persona… por no mencionar el peligro en el que esto la pone a usted.

—Minna, comienza maniobras evasivas —dijo Leia, sin volver la mirada hacia él—. Youk, ¿cuánto falta hasta que podamos saltar a la velocidad de la luz?

El navegante mon calamari consultó sus pantallas.

—Seis minutos, Su Alteza.

Eso eran al menos cinco minutos más de lo que le gustaría.

—¿Gorhan? —dijo por el comunicador.

—En posición, Princesa.

Bien. El *Espíritu Constante* sólo tenía un cañón, lo mejor para parecer una pacífica nave mercante, pero Gorhan lo exprimiría al máximo.

—Fuego a discreción. Y que todo el mundo se sujete a algo.

—Nunca debí haber subido a bordo —dijo Rafe. Golpeó el mamparo con la palma de una mano en señal de frustración.

—Tal vez prefiera sentarse —le dijo Leia. Apenas habían salido esas palabras de su boca, su estómago dio un vuelco cuando la nave se lanzó en un pronunciado ascenso.

Rafe se tambaleó y extendió las manos para evitar golpearse de cabeza con el mamparo opuesto de la cabina.

—Como iba diciendo… —murmuró Leia. La cabeza se le fue hacia atrás cuando la nave volvió a sacudirse, esta vez por un impacto de láser.

Rafe se lanzó al asiento detrás de ella y se abrochó los arneses.

—¿Qué tal vamos? —preguntó Leia a Minna.

—De momento aguantamos, pero no sé cuánto tiempo resistirán bajo su ataque nuestros escudos deflectores. —Como si esas palabras fueran una señal, la nave tembló, presagiando nada bueno. Minna sopló para apartarse un rizo de cabello negro de la cara mientras comprobaba la consola—. Justo lo que me temía: los escudos se agotan rápidamente —dijo con expresión adusta—. Ya están a menos del cincuenta por ciento.

—¿Gorhan? —preguntó Leia.

—Hago lo que puedo —respondió—. *Sus* escudos parecen estar aguantando mejor de lo esperado.

—Por supuesto —dijo Leia con un hilo de voz—. Youk, ¿cómo van esos cálculos?

—Aún tardarán unos minutos más, Su Alte… —Terminó la frase con un grito cuando otro impacto sacudió la nave—. Mis disculpas.

—No pasa nada, Youk —dijo Leia, tratando de aparentar calma—. Sé que está haciendo lo que puede.

A pesar del tono de su voz, su mente estaba en ebullición. Si esta misión fracasaba, dañaría profundamente no sólo su imagen, sino la de su padre. Estaba decidida a no dejar que eso ocurriera.

Pero después de todo, eso tampoco tendría demasiada importancia si acababa muerta.

—¡Acabo de darles un buen golpe! —exclamó Gorhan—. ¡Aún terminaremos haciéndoles huir!

Leia hizo una mueca. *Realmente* debían estar en problemas si Gorhan estaba tratando de parecer optimista.

Con el siguiente impacto contra el casco, Minna escupió una maldición.

—Nos hemos quedado sin escudos —ladró—. Estoy haciendo lo que puedo, pero si no pasa pronto algo bueno…

La nave volvió a virar bruscamente mientras la piloto se esforzaba al máximo para seguir esquivando a la nave mayor.

Leia volvió la mirada hacia Rafe pidiendo su consejo, pero el hombre respiraba fuerte y rápido, casi como si estuviera sufriendo un ataque de pánico. Él le devolvió la mirada, y sus ojos grises revelaban su agonía.

—No puedo seguir con esto —dijo. Se soltó los arneses de seguridad y salió corriendo de la cabina.

—¿Adónde va? ¡Rafe! —Leia pensó en ir tras él, pero la nave se sacudió de nuevo y se quedó donde estaba. Tendría que ocuparse de él más tarde.

Otro impacto, y las alarmas comenzaron a aullar.

—Ese impacto se ha llevado el hipermotor —dijo Youk, consternado—. Y ha inhabilitado los compensadores aluviales.

Leia sintió un vacío en el estómago.

—Creo que estamos en problemas. —Se mordió el labio, pensando qué haría su padre en esa situación. Cualquier cosa menos ponerse a sí mismo por delante de los demás, lo más probable—. Por ahora siga tratando de hacer todo lo que pueda para escapar de ellos, Minna. Y Gorhan, siga acosándoles a disparos.

Y yo trataré de que se me ocurra algo brillante.

—Supongo que ahora veremos si todo lo que pueda hacer es suficiente o no —dijo Minna. Agarraba los mandos con tanta fuerza que la piel marrón de sus nudillos se estaba volviendo blanca. Leia se inclinó para apretar el hombro de la otra mujer.

—Senadora, algo está pasando… Hemos perdido nuestra cápsula de escape —dijo Minna, presa de la confusión—. Se acaba de lanzar por sí misma. Youk, comprueba si es un fallo de funcionamiento.

El mon calamari pulsó unas cuantas teclas.

—No, no parece serlo.

—Rafe —dijo Leia con un jadeo—. Tiene que ser él. ¿Pero qué está haciendo? ¿Entregarse?



Un instante después, la cápsula apareció ante su vista, dirigiéndose directamente hacia la nave imperial —más concretamente, hacia el puente de la *Cancerbero*—, y mientras esperaban, la cápsula no dio señales de pretender cambiar de curso.

—No puedo creerlo. Va a embestirles —dijo Minna sin aliento.

—¿Puede abrir un canal de comunicaciones con la cápsula? —preguntó Leia.

—Lo intento, pero no responde —le informó Youk.

Leia gimió. ¿Cómo podría explicar eso a su padre?

—Es el plan más descabellado que he visto nunca, pero si funciona, puede que nos salve el pellejo —escuchó decir a Gorhan.

Todo el mundo en la cabina parecía mantener el aliento mientras observaban a la cápsula dirigirse hacia la nave de mayor tamaño. La *Cancerbero*, probablemente tratando de acabar con su presa más importante, no tomó acciones contra la cápsula hasta que fue demasiado tarde. La nave comenzó a girar y disparó su cañón principal, pero ambos esfuerzos de última hora fracasaron. La cápsula de Rafe dio de lleno en su objetivo, embistiendo el puente en una explosión espectacular.

Un ataúd fúnebre, pensó Leia.

Completamente inhabilitada, la *Cancerbero* se escoró hacia un lado, con aspecto casi lastimoso mientras flotaba en el espacio como una nave fantasma. Pero sólo había un alma por la que Leia sintiera pesar.

Gorhan apareció en la apertura de la cabina, bloqueando con su mole toda la luz que había tras él.

—Quien quiera que quede a bordo, ahora mismo tendrá que ocuparse con problemas más graves que nosotros. Estamos en deuda con Rafe.

—Sí —dijo Leia con voz ronca. Cerró los ojos, obligándose a no llorar. No podía dejar que su tripulación la viera de ese modo, como una niña pequeña perdida.

Tras un largo instante, Minna se aclaró la garganta.

—¿Cuáles son sus órdenes, senadora?

—Llévenos al planeta no ocupado más cercano —dijo Leia con desgana—. Trataremos de reparar la nave o conseguir otro transporte.

—Sí, Su Alteza.

La tripulación del *Espíritu Constante* permaneció en silencio durante el resto del viaje.

***

Queriendo darle las noticias en persona, Leia se lo contó a su padre en cuanto regresó a Alderaan. Se sentó en su amplio y cómodo despacho, en el que había pasado tantas horas mientras crecía, y con voz entrecortada le explicó lo ocurrido. Esperaba que Bail Organa se enfadara, o mostrase frustración, pero en lugar de ello sólo pareció triste.

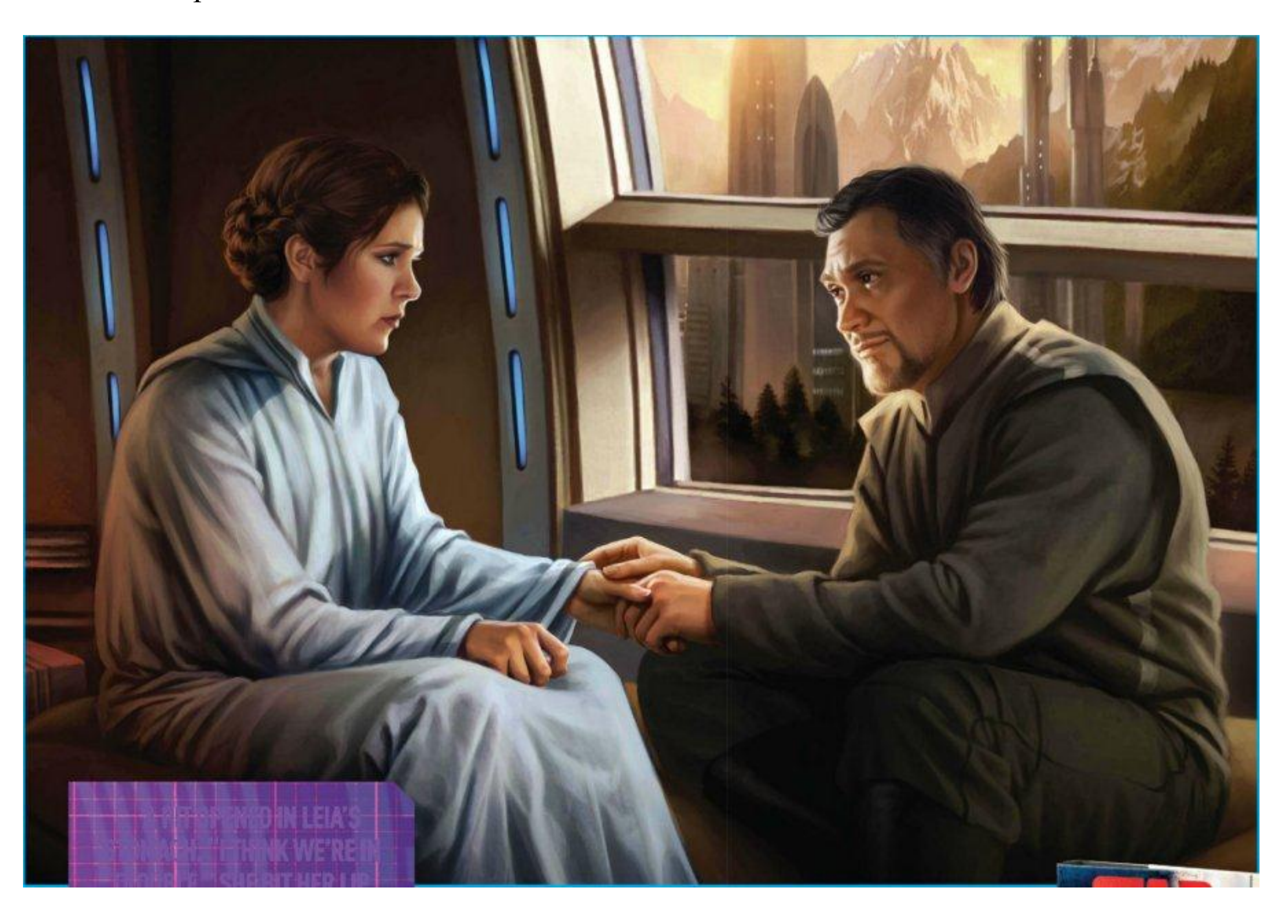
—Lo lamento tanto —dijo Leia, y no era la primera vez que lo decía desde que se había sentado—. No puedo evitar sentir que ha sido culpa mía.

—Rafe conocía los riesgos de su misión —dijo su padre. Estaba de pie frente a la ventana panorámica, dándole la espalda y mirando las onduladas colinas verdes y el brillante lago azul que centelleaban bajo la luz del sol—. Estaba preparado para morir por la Alianza, y lo hizo. Como un héroe. Hay formas peores de morir.

—Pero no *tenía* por qué hacerlo —dijo Leia, testaruda, haciendo una mueca al advertir lo joven que sonaba incluso a sus propios oídos.

—¿No? —Él se volvió para mirarla—. ¿Qué podría haber ido de otro modo? —preguntó, más suavemente de lo que ella esperaba—. ¿Qué podría haber salvado tanto a los datos que necesitábamos como al resto de tu tripulación?

—No lo sé —dijo ella, inclinando la cabeza—. Pero seguro que habría algo. No pensé lo bastante rápido…



—No puedes salvar a todo el mundo, Leia —dijo Bail. Se sentó junto a ella en el sofá y le tomó la mano entre las suyas—. Tus sentimientos te honran, pero la guerra requiere sacrificio. Un sacrificio que todos debemos estar dispuestos a hacer. —Le apretó la mano—. No puedes salvar a todo el mundo —repitió.

Ella le devolvió el apretón, feliz de que él estuviera ahí, confortándose con la familiar tibieza de su piel. Pero sus palabras le incomodaban.

—Puede que no siempre pueda salvar a todo el mundo —concedió—. Pero eso no significa que no deba intentarlo.

Alzó la barbilla con aire desafiante.

Los ojos oscuros de Bail mostraban sus dudas, pero de todos modos sonrió a su hija.

—No serías tú misma si no lo hicieras —dijo.

Permanecieron sentados juntos hasta que un criado les llamó a cenar, anunciando el final de otro día. Siempre había un mañana.